



VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE

Hoja Semanal y Especial Jóvenes

de la Parroquia de
Nuestra Señora Reina del Cielo

Año XV

Nº 18

14.02.2021

DOMINGO DE LA 6ª SEMANA DEL TIEMPO ORDINARIO

LECTURAS DE LA MISA:

1ª Lectura	Del Libro del Levítico (Lv 13, 1-2. 44-46).
Salmo Responsorial	Salmo 31 (Sal 31, 1-2. 5. 11).
2ª Lectura	De la 1ª carta de San Pablo a los Corintios (1 Cor 10, 31-33; 11, 1).

LECTURA DEL SANTO EVANGELIO ① SEGÚN SAN MARCOS (Mc 1, 40-45):

En aquel tiempo, se acercó a Jesús un leproso suplicándole de rodillas: «Si quieres, puedes limpiarme».

Compadecido, extendió la mano y lo tocó, diciendo: «**Quiero: queda limpio**». La lepra se le quitó inmediatamente, y quedó limpio.

Él lo despidió, encargándole severamente: «No se lo digas a nadie; pero, para que conste, ve a presentarte al sacerdote y ofrece por tu purificación lo que mandó Moisés, para que les sirva de testimonio».

Sin embargo, cuando se fue, empezó a pregonar bien alto y a divulgar el hecho, de modo que Jesús ya no podía entrar abiertamente en ningún pueblo, se quedaba fuera, en lugares solitarios; y aun así acudían a Él de todas partes.

① Los textos Bíblicos citados en esta HS y EJ están tomados de la Biblia de la Conf. Episc. Española.

ENCUENTRO CON JESÚS:



Se le acerca un leproso suplicándole y, puesto de rodillas, le dice: «Si quieres, puedes limpiarme».

El leproso confía en Cristo plenamente. ¿Creemos nosotros plenamente en Él? Es esencial tener fe, creer que Él puede sanarnos, para solicitar la curación. Pero también hay que creer que Él nos ama inmensamente, y que en consecuencia sabemos que Jesús busca por encima de todo nuestro máximo bien, la vida eterna, y por eso nos ha redimido con sufrimientos enormes. En función de ese amor incondicional que Él nos tiene decide, cuando le pedimos, lo que es mejor para nosotros.

PAPA FRANCISCO

Catequesis sobre la oración: 8 La Oración de David

Miércoles 24 de junio de 2020.

Predilecto de Dios desde que era un muchacho, fue elegido para desempeñar un papel central en la historia del pueblo de Dios y de nuestra misma fe. En los Evangelios, a Jesús se le llama varias veces “hijo de David”.

La historia comienza en las colinas entorno a Belén, donde David pastorea el rebaño su padre, Jesé. Es todavía un muchacho, el último de muchos hermanos, aquel hijo más joven del que su padre parece haberse olvidado cuando el profeta Samuel, por orden de Dios, se pone a buscar el nuevo rey y viene a preguntarle por él.

Trabajaba al aire libre. Solo, él y su cítara, con la que, en las largas jornadas de soledad, le gusta tocar y cantar a su Dios. Él y sus ovejas, a las que cuida, defiende cuando llega el peligro y proporciona sustento. Es un pastor.

Cuando David, por voluntad de Dios, se tenga que ocupar del pueblo, no llevará a cabo acciones muy diferentes a estas; por eso en la Biblia la imagen del pastor es recurrente. También Jesús se define como **“el buen pastor”**. David lo intentará: unas veces estará a la altura de la tarea, otras veces, menos. Cuando ejercía de pastor de ovejas, David aprendía también su deber como rey; por eso, cuando el profeta Natán le recrimina su grave pecado, entenderá de inmediato que ha sido un mal pastor, que ha robado a otro hombre la única oveja que amaba.

Un segundo aspecto presente en la vocación de David es su alma de poeta. Es una persona sensible, que ama la música y el canto. La cítara lo acompañará siempre: a veces para elevar a Dios un himno de alegría (cf. 2 Samuel 6,16), otras veces para expresar un lamento o para confesar su propio pecado (Salmos 51,3). Su oración nace precisa-



mente de ahí: de la convicción de que la vida no es algo que nos resbala, sino que es un misterio asombroso, que provoca en nosotros la poesía, la música, la gratitud, la alabanza, el lamento, la súplica. La tradición quiere por ello que David sea el gran artífice de la composición de los salmos.

Al igual que David, a lo largo de su vida, dejó una historia personal repleta de luces y de sombras, de grandes contradicciones, también nosotros registramos en nuestra vida trazos a menudo opuestos; en la trama de la vida, los hombres pecamos de incoherencia. Pero él mantiene siempre abierto un hilo conductor que da unidad a todo lo que le sucede: su oración. Esa es la voz que no se apaga nunca: David santo, reza; David pecador, reza; David perseguido, reza; David perseguidor, reza; David víctima, reza. Incluso David verdugo, reza. Este es el hilo conductor de su vida. La oración, esa voz que nunca se apaga, en tono de júbilo o en tono de lamento, siempre es la misma oración; solo cambia la melodía.

David, que ha conocido la soledad, en realidad, nunca ha estado solo. Este es el poder de la oración para todos aquellos que le dan espacio en su vida. La oración te da nobleza, y David es noble porque reza. La oración nos asegura la relación con Dios, que es el verdadero Compañero de camino del hombre, en medio de los avatares de la vida; buenos o malos.

La oración: «¡gracias, Señor!; ¡tengo miedo, Señor!; ¡ayúdame, Señor! ¡Perdóname, Señor!». Es tanta la confianza de David, que cuando era perseguido y debió escapar, no dejó que nadie lo defendiera: **“Si mi Dios me humilla así, Él sabe lo que hace”**. La oración nos deja en las manos de Dios. Esas manos plagadas de amor: las únicas manos seguras que tenemos.

VI.- PROPUESTAS PARA FOMENTAR UNA CULTURA DE RESPETO A LA DIGNIDAD HUMANA

La persona humana siempre es digna. Su dignidad inviolable y su vocación trascendente están enraizadas en la profundidad de su mismo ser. Esta dignidad, que se descubre particularmente en la relación interpersonal, se ve admirablemente confirmada en la raíz y el horizonte trascendente de toda vida humana. Efectivamente, el ser humano ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, quien, mediante la Encarnación del Verbo, nos hace partícipes de su misma naturaleza, destinados a la eternidad de la comunión con Él y entre nosotros. De ahí el carácter no solo digno sino también sagrado de toda vida humana.



La educación, planteada para que los jóvenes lleguen a ser personas maduras, exige cierto esfuerzo ya desde temprana edad. Solo con un planteamiento exigente en el contexto del respeto y del amor, con vistas al bien y al crecimiento humano, se puede potenciar la educación en virtudes. Esto no significa que, como resultado de una educación que tenga, como uno de sus ejes fundamentales la virtud, los jóvenes terminarán siendo virtuosos: se necesita su cooperación libre. Pero, aunque no contemos con esa cooperación, es imprescindible dicho proceso educativo para que puedan distinguir la realidad del bien y del mal en la acción. Hoy hay ya muchas personas a las que los conceptos del bien y del mal les resultan extraños y son incapaces de razonar y actuar con ellos.

Como apuntábamos anteriormente, un rasgo de la sociedad actual es el individualismo. Cada cual cuida más de lo suyo y menos de lo de los demás. Sus manifestaciones son muchas. La amistad interesada, por ejemplo: solo mantenemos relaciones con quien nos aporta agrado o utilidad. Cuando deja de ofrecernos algo, lo dejamos. La persona no importa tanto como nuestro provecho al relacionarnos con ella.

En las fases finales de la vida puede sucedernos lo mismo: cuando alguien se encuentra decaído por la enfermedad, sin una conversación interesante, solo con quejas continuas, tendemos a disminuir las relaciones con él. Puede haber aquí también una huida, más o menos inconsciente, de las situaciones de sufrimiento. Por ello es necesario contrarrestar esta tendencia con una auténtica solidaridad con el que sufre, mediante la cultura del encuentro y del vínculo, en actitud de servicio, de verdadera compasión y de promoción humana.

La atención médica consigue hoy muchas curaciones. Además, en la vida corriente, los dolores y molestias son de una intensidad habitualmente baja, y tienen alivio razonablemente sencillo. Sin embargo, un médico competente puede encontrarse con casos que desbordan su capacidad de aliviar. Es patente que la docencia en medicina hoy hace poco hincapié en los numerosos conocimientos existentes sobre el arte de aliviar. Aunque últimamente la situación ha ido mejorando, es necesario que todo profesional sanitario que termina sus estudios de grado tenga unos conocimientos sólidos de los problemas más frecuentes que van a exigir tratamientos destinados a aliviar, y que haya adquirido unas competencias básicas en su práctica.



SAN PABLO (2)

EL CONQUISTADOR MISTICO -

Bautizado en Damasco, Pablo se aísla enseguida en el desierto de Arabia. Dos años de retiro para meditar y madurar sus planes de apostolado. Luego sube a Jerusalén para ver a Pedro. El cambio de las cosas, la gracia de Cristo, sus aptitudes personales, le empujan a tomar parte en la inmensa responsabilidad de la evangelización del mundo.

Pedro se encarga de los judíos, Pablo de los «gentiles» (los paganos). ¡Y con qué fogosidad!

Uno se extasía ante las expediciones al centro de África, o hacia los continentes perdidos. Pablo no hace menos en sus tareas apostólicas: 5.000 Km a pie, 15.000 en barco... y ¡en qué condiciones! La pequeña Iglesia judía, abriéndose así al mundo greco-romano, asegura su catolicismo.

Fatigas, golpes, prisiones, peligros de muerte, lo ha sufrido todo: «He sido flagelado tres veces, una vez lapidado, tres veces he naufragado. ¡Incluso me he pasado un día y una noche en el abismo! Viajes sin número, peligros en los ríos, peligros de bandidos, peligros de parte de mis compatriotas, peligros de parte de los paganos, peligros en poblado, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre falsos hermanos. Con trabajos y fatigas, con muchas noches sin dormir, con hambre y sed, con ayunos frecuentes, con frío y desnudez. Y pasando por alto otras cosas, mi obsesión diaria, el cuidado de todas las Iglesias» (2 Cor 11, 25-28).

Sus itinerarios llegarán a todos los puntos importantes del Imperio, hasta el centro: Roma.

Cuatro expediciones:

Primera misión: 45-48, con Bernabé: 2.000 Km a pie. Chipre, Antioquía de Pisidia, Lystra y vuelta.



Segunda misión: 49-53, Troya, Dardanelos, Salónica, Atenas, Corinto (en donde permanecerá dos años). Regreso por mar.

Tercera misión: 53-58, visita a las comunidades ya fundadas. Se detiene en Éfeso, ciudad de oro, de lujo y de placeres.

Cuarta misión: Un complot de fanáticos judíos le hace prisionero. Ciudadano romano, Pablo apela al César. En Roma, dos años de residencia vigilada; escribe sus cartas de la cautividad. Liberación, nuevo complot, vuelta a Roma.

Nerón le hace decapitar en el 67. La sangre de Pedro y de Pablo hará de Roma la capital del mundo cristiano.

LOS GRANDES TEMAS PAULINOS: De las Epístolas que S. Pablo dirigió a las comunidades que había fundado, nos quedan 14. Son documentos de un infinito valor.

La próxima semana D.m. veremos algunas ideas directrices de la evangelización de S. Pablo.